



### ***Mujercitas* amadas por jóvenes de varias generaciones.<sup>1</sup>**

Louisa May Alcott. *Mujercitas*.

Traducción de Gloria Méndez.

Barcelona: Lumen, 2004. 768 pp.

*Mujercitas* (*Little Women*, 1868), novela de Louisa May Alcott, suma, actualmente, casi 150 años, y ha sido, por mucho tiempo, la lectura predilecta de jóvenes, sobre todo los de sexo femenino. Recientemente, la casa editora brasileña Ática ha promovido su reedición, con la esperanza que este texto continúe hablando a los aspirantes a adultos. La iniciativa sugiere que el libro merece figurar en la literatura juvenil contemporánea, cuyas características ayudó a definir. Examinando, ahora, la trayectoria de la autora y las características de la obra, queremos entender las razones de la longevidad de la narrativa de Alcott.

<sup>1</sup> Traducción de Biagio D'Angelo.

#### **HISTORIA DE UNA LUCHADORA**

a) ¿Filosofía o dinero?

*Mujercitas* constituyó el primer suceso editorial de Louisa May Alcott, quien, cuando se publicó la obra, ya tenía una cierta práctica en el trabajo de escribir para ganar dinero. Al final, su objetivo era garantizar el sustento de la familia, pues su padre, filósofo y pedagogo, poseía enorme imaginación para concebir grandes planes, pero ningún sentido de la realidad para mantenerlos económicamente. En esta situación, la muchacha, apenas pudo, buscó alternativas en el mercado de trabajo y, aunque pueda parecer paradójico, fue publicando libros que la enriquecieron.

Es difícil entender la vida de Louisa May sin hacer referencia a su padre, Amos Bronson Alcott, nacido en 1799, profesor que abrazó el pensamiento trascendentalista y la pedagogía innovadora. El trascendentalismo empezó en la Nueva Inglaterra, y más precisamente en Concord, Massachussets, ciudad cuyo renombre remonta a las luchas por la independencia, pues de allí salieron los primeros patriotas que se habían rebelado contra la arbitrariedad y el dominio de la Inglaterra. Ralph Waldo Emerson (1803-1882) y Henry David Thoreau (1817-1862) fueron portavoces de este pensamiento, según el cual las personas eran originalmente buenas, debían orientarse por sus intuiciones y no por la razón y la lógica, obedeciendo exclusivamente a la orden de la naturaleza. Bronson Alcott fue amigo de ambos: el primero lo ayudó en períodos de crisis financiera, y el segundo le vendió la casa donde residió por un cierto tiempo.

La pedagogía de Bronson traduce el pensamiento trascendentalista, porque cree en la pureza y elevación de la mente del niño. Su método no parte de ideas inmediatas, pero, sí de la conversación, es decir del modo que de las preguntas y respuestas colocadas entre el alumno y el profesor emerge el conocimiento.

En los colegios en los que trabajó tentó poner en práctica estas nociones, pero la mentalidad conservadora de los padres de los estudiantes, que preferían ver a los hijos aprendiendo las lecciones tradicionales de la *Biblia* y de la matemática, lo llevaron al fracaso financiero.

Louisa, segunda hija del matrimonio de Amos Bronson con Abigail May, de Boston, presenció las dificultades de su padre. Cuando nació, el 29 de noviembre de 1832, en Germantown, Pennsylvania, él estaba dando clases en un colegio patrocinado por una secta religiosa, los *quakers*, empleo que perdió enseguida, y lo hizo regresar a la ciudad de su esposa. Allí fundó la Temple School y, por un breve período, su proyecto pareció tener éxito; sin embargo, luego las mejores familias de Boston comienzan a encontrarlo demasiado radical y retiran a sus hijos de esa escuela.

En Concord, Bronson intenta recomenzar y, entre sus experiencias más extravagantes, se conoce acerca del establecimiento de Fruitlands, una hacienda de producción de frutas y vegetales para la alimentación de la familia, situada en las proximidades de Harvard. El proyecto, vegetariano y bien intencionado, deja la familia en la miseria y es abandonado. De ahí en adelante son años seguidos de privaciones y mudanzas a otras ciudades de alrededor, mientras que la familia iba y venía de Concord, en la tentativa de encontrar una forma viable de manutención financiera.

#### b) Nace una escritora

Algunas escenas de la vida en Concord están retratadas en *Mujercitas*: la casa donde se aloja Amy, durante la convalecencia de Beth, fue alquilada por la familia en 1840; los Marsch habitan una residencia inspirada en Hillside, una mansión adquirida por Bronson con el dinero heredado por su esposa. Las dificultades financieras fueron probablemente mayores que

las mostradas en el libro y preocupan en la misma medida: en la ficción, Meg y Jo necesitan trabajar para compensar la ausencia del padre, manera delicada de revelar, por medio de la literatura, la inoperancia de Bronson en lo que se refiere a su deber de garantizar el sustento de los hijos. En la realidad, su hija Louisa, con menos de 20 años, y la hermana mayor, Anna, abren una escuela, comenzando pronto las actividades profesionales.

Es en 1854 que la muchacha descubre su vocación, igualmente retratada, pero en modo pálido y colateral en *Mujercitas*: ella comienza a escribir y publicar cuentos en el *Saturday Evening Gazette*, firmándolos con un seudónimo. El primer libro aparece en esa época, se tituló *Flower Fables* y le rindió 22 dólares. La carrera toma cuerpo mucho más tarde y tuvo como estímulo un evento político: en 1862, en plena Guerra Civil, cuando el Sur de los hacendados se rebela contra el Norte de la burguesía urbana de la Nueva Inglaterra, Louisa se ofrece como voluntaria, actuando como enfermera en Washington. Luego se enferma y regresa; pero, guardando las imágenes de lucha y de muerte, edita *Hospital Sketches*, obra que le rinde aproximadamente 600 dólares. Permanentemente frágil por la enfermedad, que nunca logró curar por completo, decide mudar de rumbo: de ahora en adelante se dedicará integralmente a la literatura.

La elección podría sugerir que, con más de treinta años, ella adoptaría el camino del idealismo, del cual alguna vez se acogió su padre. No es lo que sucede finalmente: sus historias presentan un modelo sensacionalista, recurriendo al suspenso y a la violencia para atraer la atención del lector. Firmadas con lo pseudónimo de A. M. Barnard, eran colocadas en periódicos populares ilustrados y dirigidos al gran público. Se obtenía buen dinero, pero la autora, cuando se volvió famosa, rechazó esos «hijos bastardos», que calificó de «basura romántica» y «cuentos de la necesidad».

La actividad de escritora le permitía ayudar económicamente a la familia, sin comprometer su salud y autonomía. Pudo, así, viajar por Europa entre 1865 y 1866, aunque partió desde los Estados Unidos en calidad de compañía y enfermera de una joven inválida. De todas maneras, tuvo condiciones para escoger su ruta de viaje y, cuando juzgó necesario, dejó la función de asistente y prosiguió su viaje sola. La libertad profesional le otorgaba también independencia de acción, en una época en que mujeres, principalmente solteras, no podían salir de casa sin estar acompañadas.

De regreso a Boston, Louisa May retoma el trabajo de escribir, asumiendo la función de editora de una publicación periódica dirigida al público infantil, el *Merry's Museum: An Illustrated Magazine for Boys and Girls*. El salario, de 500 dólares al año, debía ser bueno, porque ella altera también el objeto de su obra, pasando a dedicarse a la literatura para niños. La decisión se fortalece en el año siguiente, cuando Thomas Niles, de la casa editora Roberts Brothers, la invita a redactar una historia para niñas, y ella, basándose en su propia experiencia, comienza *Mujercitas*. La obra aparece en 1868, y el éxito es inmediato: en 1869, recibe de la empresa un cheque de 8500 dólares, lo que cierra definitivamente las amarguras financieras de la familia Alcott.

### c) Militancia

De ahí en adelante, Alcott vivió una serie de éxitos editoriales, altamente provechosos, que le permitieron dejar el cargo editorial en el *Merry's Museum*. Entre 1868 y 1888, año de su muerte, publicó cerca de diez títulos diferentes, retomando algunos de esos personajes y situaciones de *Mujercitas*, como en *Little Men*, en el que reaparece el galán Laurie, o en los textos dirigidos por Jo Marsch, como la colección de cuentos *Aunt Jo's Scrap Bag* y *Jo's Boys*, su último libro. En este período, ella consolidó su obra, toda dirigida al

público juvenil, con la única excepción de la novela *Un moderno Mefistófeles*, en la que intenta regresar a la ficción destinada a los adultos, insistiendo en la temática amorosa y en el enredo de aventuras.

Por veinte años, mantuvo la fidelidad y el apoyo de los lectores, como muestra la venta inicial de 50 000 copias del último libro publicado. La popularidad hizo de ella una figura pública, y Louisa aceptó este papel, comprometiéndose con intensidad en los movimientos a favor del sufragio femenino. Más tarde, conseguido el primer objetivo, se movilizó contra el consumo de bebidas alcohólicas. Sin embargo, su salud continuó deteriorándose, y ella fue obligada a retirarse de las batallas ideológicas.

Muere el 6 de marzo de 1888, apenas dos días después del fallecimiento del padre, que, gracias al éxito de la hija, se había recuperado y había regresado a sus tareas de profesor y filósofo, ahora bien acogido por todos. La hija lo sustentó siempre, descansando solamente cuando el impertinente y poco práctico pensador había partido. Sus existencias, unidas por tanto tiempo, se cerraron casi simultáneamente, tal como en el libro más conocido de la autora, que se concluye cuando la cortina cae sobre el último acto de las vidas de las jóvenes señoritas de la Nueva Inglaterra.

### LA NOVELA

Cuando fue lanzado, *Mujercitas* tenía en vista el público juvenil, para quien Louisa May Alcott escribía ya desde un tiempo. A causa del nombre, de los personajes y del enredo, se consagró también como literatura femenina, inspirando colecciones de obras similares, de las que, sin embargo, se distingue, porque no presenta contenido romántico, mucho menos sentimental, como sus seguidores. De estos son ejemplo los libros de M. Delly, del que *Mujercitas* se diferencia, por preocuparse con la formación de la personalidad

de las muchachas del título, dejando de lado la temática amorosa.

Se puede entender *Mujercitas* desde, por lo menos, tres ángulos diferentes; todos, sin embargo, complementarios.

El primero tiene en cuenta la perspectiva del lector actual, que verá en la historia el retrato de lo cotidiano de las adolescentes de la Nueva Inglaterra en la segunda mitad del siglo XIX, época de la Guerra Civil en los Estados Unidos, a favor de la liberación de los esclavos. El lector acompaña un año de la vida de estas jóvenes, que encaran dificultades de dinero, primeros juegos amorosos, enfermedades y amistades. Bajo algunos aspectos, la vida de ellas difiere de la nuestra: las diversiones nocturnas son modestas, restringiéndose a conversaciones, sesiones de sastrería, eventualmente un teatro o un baile. Sin embargo, bajo otro ángulo, ellas experimentan problemas que todavía vivimos: las más viejas necesitan trabajar, para completar el escaso presupuesto doméstico, la ausencia del padre requiere que la Sra. Marsch resuelva los conflictos sola, las hijas se pelean y no siempre se toleran.

*Mujercitas* narra también cómo estas adolescentes pasan de la edad juvenil a la madurez, al enfrentar y superar los obstáculos surgidos. Meg renuncia a la vanidad y a la vida mundana, Jo se conforma con el matrimonio de su hermana, que disminuirá el grupo que ama, Beth lucha contra la muerte, y Amy soporta la salida de casa por un breve tiempo. Cuando los Marsch se reúnen en la segunda Navidad, con la que termina la narrativa, las adolescentes ya no son las mismas: más adultas, están capacitadas a encarar situaciones nuevas para las cuales inventan soluciones creativas. Pueden mostrarse mujeres independientes, dueñas de una autonomía que las coloca adelante de su tiempo.

El libro tiene igualmente un plano alegórico, porque, por medio de la trayectoria de las

*Mujercitas*, se repite el tema del *Progreso del peregrino* (*Pilgrim's Progress*), obra de John Bunyan (1628-1688) publicada en el siglo XVII. Este libro, extremadamente popular y casi tan leído en los Estados Unidos y en Inglaterra, como la *Biblia*, siempre hizo parte de la educación religiosa de los norteamericanos, sobre todo en la Nueva Inglaterra, colonizada por los puritanos que escapaban de Europa por causa de la persecución a su culto. Ellos mismos se veían como peregrinos que, como el héroe, Cristiano, huían de la Ciudad de la Destrucción e iniciaban una jornada con rumbo a la salvación; en este recorrido, subían la Colina de la Dificultad, bajaban el Valle de la Humillación, luchaban contra el demoníaco Apollyon, conocían la Feria de las Vanidades y cruzaban, impávidos, el Río de la Muerte, para ser recibidos en la Ciudad Celestial.

Las jóvenes Marsch realizan un viaje similar: Amy pasa por un Valle de la Humillación; Jo se enfrenta con Apollyon, cuando se pelea y casi pierde la hermana más joven; Meg visita y rechaza la Feria de las Vanidades de los ricos que hasta entonces admiraba; Beth atraviesa el Río de la Muerte, para volver a ver a sus padres, separados por causa de la guerra.

Sin embargo, al transferir el clásico del puritanismo para el universo doméstico de la Nueva Inglaterra, Louisa May Alcott no quiere hacer literatura religiosa, ni catequizar; más bien, prefiere mostrar que todo se debe a la superación de las contrariedades o al perfeccionamiento del individuo. La Sra. Marsch expresa esta enseñanza con simplicidad, cuando afirma: «Nuestros fardos están aquí, nuestro camino está enfrente de nosotros mismos, y desear el bien y la felicidad es la guía que nos conduce a través de muchas dificultades y errores hasta la paz, que es una verdadera Ciudad Celestial.»

Emprendiendo el pasaje del texto religioso para una obra popular destinada al público

juvenil, Louisa May Alcott simplifica la lección original, transportándola para la vida cotidiana y construyendo, ella misma, un clásico que quedó grabado en la vida de las «mujercitas», y también

de muchos «muchachitos», de ese momento para adelante. ■

REGINA ZILBERMAN



### B612, el asteroide que hizo niños a los adultos.

Ángel Pérez, Sandra Sato y Óscar Tokumura. *Más allá del principito. Reflexiones en torno la obra literaria de Antoine de Saint-Exupéry*. Lima: Círculo de Encuentro, 2004. 84 pp.

Hay un pequeño cuya voz ha retumbado siempre entre los adultos. Solamente ese pequeño, que vive en el asteroide B612, se ha atrevido a decir muchas verdades a esos adultos que hablan «como mayores» y suelen «confundir todo». Así que, como una respuesta de los adultos a este niño, Ángel Pérez, Sandra Sato y Óscar Tokumura

se reunieron para reflexionar sobre la obra más recordada y querida del escritor francés Antoine de Saint-Exupéry (1900-1944). Producto de ese intercambio de experiencias de su lectura de *El principito*, la Asociación cultural Círculo de Encuentro publicó *Más allá del Principito*.

En marzo del 2006 se cumplieron 60 años desde que el creador del niño que pensaba que «Las personas mayores son definitivamente extrañas» publicara la obra que lo consagró en el mundo de los niños y, por qué no decirlo, entre los adultos. *El Principito* (1946) ha cautivado a varias generaciones de lectores, como lo demuestran las cifras registradas (característica muy resaltada durante los días de la celebración del aniversario): «*Le Petit Prince* es el libro más traducido de la historia de la literatura». Ante esa mágica seducción, hombre serios, como el filósofo y escritor Ángel Pérez, quien hizo ya su ingreso en el difícil mundo infantil a través de «Un cuento de letras» y las *Memorias de un librero*, se han detenido a reflexionar sobre el creador de este niño, que vive acompañado de una flor.

En «Los cuentos sobreviven a las guerras», Ángel Pérez se detiene en varios episodios de la vida de Saint-Exupéry, quien superó todas las tragedias de su tiempo (la Guerra Mundial) gracias a su espíritu de «seriedad infantil» y guardó en su memoria los cuentos de hadas que su institutriz le narró. En *El Principito*, señala Pérez, se diferencia desde las primeras líneas lo esencial de lo accidental; la distinción entre el mundo de los adultos y el mundo de los niños. Por su parte, la teóloga Sandra Sato Sakaguchi sostiene